

CUANDO al día siguiente, ya bastante tarde, alzé los ojos, ví lleno de asombro el dulce rostro de Rosa, que sentada al lado de mi cama, tenía mi mano en las suyas.

Su voz, al pronunciar la acostumbrada palabra—¡Pobre Leon!—era la que me había sacado de mi profundo sueño: con una sola mirada apercibí también á mis padres, á mis hermanos y á algunas vecinas; desde luego no me acordé de nada de lo que me había pasado, y miré á mi protectora con estupor, como para preguntarle por qué estaba sentada á mi cabecera.

—Está tranquilo, mi buen Leon, me dijo ella: bien pronto estarás curado: pero ya no jugaremos jamás cerca del estanque.

Entonces la memoria de lo sucedido, se despertó en mí de repente: un grito de júbilo, salió de mi pecho, y exclamé:

—Rosa! vives aun! . . . ¡oh, qué terrible sueño! . . .!

Nuestro hijo habla! gritaron mis padres alzando al cielo los brazos.

Yo mas sorprendido que ellos mismos, al oír mis palabras, temblé y cerré fuertemente mis labios lleno de te-

mor de que un nuevo esfuerzo viniese á probarme mi impotencia, y á herirme con un cruel desengaño.

Mi padre me abrazó con emocion.

—¡Leon, pobre hijo mio! habla, habla, para que yo pueda dar gracias á Dios con toda confianza por este inesperado beneficio, exclamó con el llanto en los ojos.

Sin separar los ojos de Rosa, murmuré como si soñara.

—Sí, padre! ya puedo hablar. . . . Rosa. . . . el agua fria . . . no ha muerto. . . . ah! ya soy dichoso. . . .!

La niña empezó á batir las manos con alegría; mis padres lloraban, y oraban en alta voz llenos de gratitud hácia la Providencia y yo pronunciaba con una volubilidad febril, una multitud de palabras sin significacion y sin unidad, solo por oír el sonido de mi voz, y por asegurarme de que esta vez el don de la palabra, era mio definitivamente.

Los que me rodeaban no parecían menos sorprendidos que yo de la charla que se escapaba de mis labios, y me consideraban con sorpresa y enternecimiento, como si se operase un milagro ante sus ojos.

Rosa contó al auditorio que estábamos jugando ambos en el jardín, que ella se había caído en el estanque, que yo me había precipitado detrás y que nos habían sacado á los dos sin sentido: mis padres añadieron algunas explicaciones á la narracion de Rosa, y yo supe todo lo que había sucedido desde la víspera. Había arriesgado la vida para salvar la de la Srita. Paveyn! ella decía que me amaba por eso y que sus padres me estaban agradecidos por mi afecto y mi valor! me había hecho digno de toda la proteccion de Mr. Paveyn por mi accion y este acontecimiento me aproximaba aun mas á Rosa! Además, Dios, sin duda, para recompensarme, me había dado la palabra, librándome de mi pasada humillacion: yo estaba tan orgulloso y tan alegre, que mis ojos brillaban de felicidad.

Durante algunos dias hallé aun bastante pena para hablar, y mi lenguaje era muy confuso; sabia decir los sustantivos, los nombres de las cosas y de las personas; pero el encadenamiento y la construccion de las palabras me embarazaba.

Mi enfermedad me habia dejado tan pocas huellas que desde que mi espíritu estuvo tranquilo manifesté un gran deseo de comer, y empecé á pedir tostadas de manteca, que era mi manjar favorito: mi madre me trajo un poco de leche, y fué preciso que me contentase con esto, á pesar de mi hambre: tampoco se me permitió levantarme durante algunos dias, pues el doctor lo habia prohibido.

Rosa venia á verme todos los dias: hablaba lentamente coningo para enseñarme el modo de usar de la palabra y me demostraba toda su gratitud: me decía que así que me hallase del todo bueno volveriamos á jugar en el gran jardin del castillo; que ya no debia tener miedo del agua, pues el jardinero se hallaba ocupado en rodear el estanque de una empalizada y en construir el puente con mayor solidez á fin de que ofreciese seguridad completa.

La amable niña me hacia compañía durante una hora: por la tarde volvia con un criado, que me traia un vaso de sorbete de frambuesa ó de grosella, refresco que era tan dulce á mi paladar que no recordaba haber probado nunca una cosa mas deliciosa.

Al cabo de algunos dias, el médico me dijo que ya podia levantarme y comer un poco, pues me hallaba en plena convalecencia.

Pasé cuando ya pude vestirme, muchas horas ya sentado en el regazo de mi madre, ya en las rodillas de mi padre, que me hacian hablar sin descanso y parecian encantados del metal de mi voz dulce y fresca: cuando mi madre me acostaba, con la señal de la cruz en la frente, y un beso en la mejilla, me dormia dulcemente y los sueños revoloteaban mas bellos al rededor de mi lecho.

Adquirí en breve toda mi fortaleza, y empecé á pensar en el luminoso cuchillo para fabricar figuras que Rosa me habia dado, y que se habia quedado en el castillo: un dia, quise correr á buscarle; Rosa, que nunca me hablaba de eso, hacia dos dias que no habia venido, y no me atreví á ir por él; pero incapaz de estar en casa, salí á pasearme por la avenida que llevaba al castillo.

Hacia algunos instantes que andaba por el campo con melancolía, cuando apercibí á Mlle. Pavelyn, que se adelantaba con su doncella, y que me hacia desde léjos señales de una alegría extraordinaria; cuando estuvo cerca de mí, asiome la mano, y me dijo:

—¡Leon! oye una buena noticia. . . ¡ah! cuando la sepas, saltarás de alegría! yo estoy tan contenta, que el corazón me palpita. . . ¿sabes á donde voy? á tu casa, para decir á tus padres que vengan al castillo, á que hablen con los míos. . . se trata de tí. . .!

—De mí! mis padres van á ir al castillo! exclamé asombrado.

Rosa se puso seria; tomó un aire de tierna gravedad, y aproximándose á mí, para que su doncella no lo oyese, me dijo:

—Leon, tu eres solo el hijo de un aldeano ¿verdad? mi padre así lo ha dicho; si sigues como ahora, serás tambien un aldeano, un pobre hombre, que debe pasar su vida, en fabricar quesos, ó en trabajar los campos; papá dice que mereces una suerte mejor, porque eres tú quien me ha librado de ahogarme; quiere hacerte instruir y darte una buena educacion, y esto es lo que vá á decir á tus padres.

Profundamente agitado, aunque no comprendiese bien toda la importancia de esta noticia, quedé pensativo y silencioso.

—No estás contento? preguntó Mlle. Pavelyn, con acento de triste reproche: pues bien debias alegrarte! la instruccion, es una riqueza tambien! por la instruccion

muchos hijos de campesinos como tú han llegado á ser en el mundo hombres de mucho mérito: y la verdad, Leon, añadió despues de una pausa; me agrada mucho jugar contigo; pero sin embargo, siento que seas solo un muchacho campesino; mi papá te hará estudiar y dejarás de serlo: te vestirán convenientemente, y entónces lo mismo en la ciudad que aquí, podré pasearme y jugar contigo; estaremos siempre juntos como hermanos; ¿no es esto muy hermoso?

—Yo seré su hermano!

—Este pensamiento hizo rodar dos lágrimas por mis mejillas; y entonces solamente el porvenir ofrecido, se desplegó ante mis ojos con toda su dicha y todo su brillo!

¡Oh! eso sería demasiado hermoso! exclamé: Rosa mi hermana! eso sería demasiado, demasiado bello.

Dimos algunos pasos en silencio; despues ella me dijo con calma y como una protectora llena de solicitud, ó mas bien como una tierna madre:

Es preciso ser bueno; y estudiar, lo entiendes, Leon! yo te enseñaré, y hasta que sepas hacerlo, te leeré las cartas, porque yo se leer muy bien, lo mismo en flamenco que en francés: si no quieres estudiar no haré caso de tí, pero si eres aplicado y bueno te daré dulces y bombones; procurarás aprender pronto á leer ¿verdad? y mamá me comprará libros nuevos, donde hallaremos lindas historias; entónces si que nos divertiremos!

Por toda contestacion, balbucé algunas palabras de agradecimiento, la vida que Rosa me pintaba, y en la cual yo veia mas léjos que ella, me parecia la dicha suprema: así que dudaba mucho que me estuviera reservada.

—Mi madre queria ponerte en una casa de comercio cuando fueras grande, prosiguió Rosa; pero mi padre, que te quiere mucho, dice que no es bastante, y que vale mas que seas escultor: un escultor es un hombre que hace figuras grandes, como el Mercurio que hay en el comedor

del castillo; es un artista; y un artista, segun dice papá, es tan considerado en el mundo como el hombre mas rico.

—¡Ah! llegar á ser escultor! ser vuestro hermano! exclamé alzando los brazos al cielo.

Llegábamos entonces cerca de mi casa, y entramos en ella: Rosa repitió á mis padres el mensaje de los suyos, y aquellos se vistieron de prisa, con sus mejores ropas, y siguieron á la hija de sus señores.

Desde el instante en que Mlle. Pavelyn, habia dicho que su padre queria que fuese escultor, sentia mas vivo y mas ardiente el deseo de poseer un cuchillo, y de probar á trabajar con él: así se lo dije á Rosa, y esta al partir, me ofreció que me lo remitiria con mi madre.

L. A. FONSINA

VII

CUANDO mis padres volvieron del castillo, una alegría extraordinaria brillaba en sus ojos: mi madre me abrazó con transporte: mi padre me puso la mano sobre la cabeza, con un movimiento de orgullo.

Mr. Pavelyn les había pedido su consentimiento, para tomarme bajo su protección: quería hacerme estudiar y que recibiese una educación esmerada: deseaba cuidar de mí hasta que adquiriese en el mundo, nombre y posición: esto era la recompensa del acto de valor y generosidad, que según él, había salvado la vida de su hija.

Durante largo tiempo se esforzaron mis padre en hacerme comprender todo el precio de este favor y en procurar convencerme de cuán profundamente reconocido debía mostrarme siempre á mis bienhechores, siendo yo solamente el hijo de unos pobres aldeanos: me dijeron que debía pagar su tierna solicitud con una aplicación constante: que no debía ser orgulloso: que debía ser siempre virtuoso, y sobre todo, no olvidar que los humildes aldeanos, que el cielo me había dado por padres, me amaban tiernamente, y que no formaban voto más ardiente que el de ver á su hijo dichoso.

Estas últimas palabras en la boca de mi madre, me enternecieron profundamente, y con dulces caricias y besos

repetidos, pude desterrar de su corazón el temor que le entristecía.

Desde el día siguiente me enviaron á la escuela del pueblo para que recibiese lecciones de leer y de escribir, Mr. Pavelyn llamó al castillo al maestro de escuela, le declaró sus intenciones respecto á mí, y le prometió, además de su retribución ordinaria, una buena recompensa, si por sus cuidados particulares, conseguía que hiciera progresos bastante rápidos, para ganar el tiempo perdido.

El profesor era un hombre lleno de actividad, que, solo deseaba una ocasión de demostrar hasta donde llegaban su talento y su buena voluntad, y así, desde el primer instante, dedicó tanto cuidado á mi instrucción como si yo hubiera sido su propio hijo.

Todas las tardes, al acabarse la clase, iba yo al castillo á jugar con Rosa: durante algunas horas, corrimos por el jardín, porque Mr. Pavelyn nos había prescrito el ejercicio, como preciso á la salud de su hija: en seguida nos íbamos al castillo para entregarnos á otro juego, en el que Rosa hallaba más placer que en todos los demás: yo me sentaba delante de una mesa, y tenía que repetir en un libro, la lección del día: la excelente niña, era entonces mi maestra: me elogiaba y me reñía alternativamente con una gravedad que hacía reír á su madre á carcajadas: pero había en sus palabras tanto afecto y tanto deseo de alentarme, que cada día dejaba el castillo con un deseo más vivo y más ardiente de aprender todo lo posible.

Gracias al afecto de Rosa, y con la ayuda de aquellos medios, unidos á una prontitud de comprensión natural, hice en poco tiempo progresos asombrosos y empecé á leer muy pronto con toda corrección en flamenco, mi lengua natal.

Mr. de Pavelyn, al cual los negocios de su comercio llevaban á la ciudad todos los días, nos traía muchos y hermosos libros con grabados, con los cuales Rosa y yo

nos divertíamos tanto, que mas de una vez, habia que obligarnos á salir al jardin, para correr y hacer ejercicio.

Rosa empezó á enseñarme el francés: en esta época nuestro país estaba bajo el dominio de Napoleon, y solamente hablando el idioma, aquel idioma, se podia llegar á ser alguna cosa en el mundo: mientras jugabamos en el jardin, mi amiguita fingia no comprender el flamenco, con una prevision y una generosidad admirables: así me hizo aprender insensiblemente una multitud de frases, antes que el maestro de escuela me juzgase bastante adelantado en el flamenco para enseñarme las primeras nociones de una lengua extranjera.

Rosa no me enseñaba solamente á leer y á comprender el francés: reprendíame todas las faltas de lenguaje: me decia de qué modo debia conducirme en sociedad, y lo que prohíbe y permite el bien parecer: en una palabra, todo lo que ella sabia ó creia saber me lo inculcaba con una dulce persistencia: entre sus manos el pobre y tosco hijo de la aldea se parecia á un pedazo de cera que ella manejaba, y con el cual formaba una criatura que fuese su igual por la distincion, de sus gustos, la pureza del lenguaje y el desenvolvimiento de la inteligencia.

Rosa llenaba tan fiel y tan seriamente su papel de protectora conningo, que Mme. Pavelyn, la llamaba *mi pequeña madre*: ocurría frecuentemente cuando nos ocupabamos de nuestros libros por la noche en el castillo, y cuando yo preguntaba alguna cosa á Mme. Pavelyn, que ésta me respondiese:

—Vuestra madrecita os lo dirá: preguntádselo á ella.

Entonces Rosa levantaba la cabeza, y un orgullo singular, brillaba en sus ojos: era muy dichosa de llevar el nombre de madre, y de tener un hijo que le era deudor de la luz de su espíritu y probablemente, de la dicha de su vida.

Sabia ya entonces hablar muy bien y muy distintamen-

te, y se alababa mucho la sonoridad de mi voz y la dulzura de mi lenguaje: si antes, cuando estaba mi lengua encadenada por terribles lazos habia sido tan aficionado á dar gritos, desde que me fué posible explicarme como los demás, mi carácter se habia vuelto afable y tranquilo. Probablemente mis estudios asiduos habian contribuido á dar una gravedad precoz á mi espíritu infantil: las exhortaciones diarias de mi madre habian contribuido tambien á este resultado. Cada vez que salia para ir al castillo, me repetía las mismas palabras.

—Leon, no olvides jamás, lo que eres, y lo que son tus bienhechores; sé bueno, valeroso para el estudio, y reconocido, hijo mio.

Llegó por fin el otoño, estacion del año en la cual Rosa debia dejar el castillo con sus padres, para ir á pasar el invierno en la ciudad: antes de su partida me renovó mil veces sus recomendaciones, para que no dejase de estudiar y de instruirme con aplicacion: si yo llenaba convenientemente mi deber, ella me querria siempre y me daría muchas cosas, muy bellas, en recompensa.

Cuando ya estaba sentada en el carruaje que debia llevarse, y en tanto que yo la miraba con los ojos llenos de lágrimas, ella me gritó con acento mitad serio y mitad alegre.

—¡Adios, Leon! Estudia mucho y haz de modo que tu pequeña madre, esté, cuando vuelva, contenta de tí! El invierno no dura largo tiempo; es preciso que estudies, para que sepas bien el francés.

VIII

El maestro de escuela estaba orgulloso de mis progresos sorprendentes, de los cuales, él solo se atribuía el mérito: no podía saber cuan considerable era la parte que Rosa había tomado en mi instrucción; el buen hombre, me citaba en muchas leguas á la redonda, como una prueba de su saber y de su actividad, ocupándose de mi educación con un cuidado creciente y con un placer particular.

Adelanté tanto aquel invierno, que por complacer á mis padres, establecí una clase en mi casa, y me hice el profesor celoso de mis hermanos y mis hermanas.

La primavera se aproximaba poco á poco; los árboles desplegaban su primera verdura; cada día, antes y después de la clase, iba yo á la avenida para ver si columbraba á Rosa.

¡Qué largo tiempo permanecía ausente! Las lilas habían florecido, y ya se habían marchitado, las cerezas empezaban á tomar color y el castillo, con sus persianas cerradas estaba aun silencioso y solitario en el centro del hermoso jardín!

Un día del mes de junio, en tanto que yo me hallaba sentado en un banco á la puerta de la casita del maestro de escuela, rodeado de los demás niños, y estudiando la

lección que me habían señalado, apareció Mr. Pavelyn en medio de la clase: yo lancé un grito y temblando de emoción, fijé los ojos en la puerta, esperando ver aparecer alguna otra persona: mas fuí engañado en mi esperanza.

Mr. Pavelyn no hizo alto en mi emoción: habló algunos instantes en voz baja con el maestro y le preguntó probablemente si había hecho progresos, porque tuve que mostrar al instante mis cuadernos y mis libros; me hicieron leer en flamenco y en francés: tuve que hacer una multiplicación difícil, y que señalar las ciudades y los ríos sobre el mapa geográfico, después Mr. Pavelyn me hizo escribir en francés algunas líneas, que él mismo me dictó en voz alta.

Cuando hubé sufrido todas estas pruebas de una manera satisfactoria, el padre de Rosa me dió un golpecito en el hombro, y me dijo con su acostumbrada benevolencia:

—Has estudiado, mi querido Leon, y yo estoy muy satisfecho de tí; has empleado muy bien el tiempo y te has mostrado reconocido á los cuidados de tu maestro. Continúa así. . . . ¿Mas por qué me miras de esa manera singular? ¿Me preguntas si ha venido Rosa? Ahora hablemos de eso.

Al acabar estas palabras, entró con el maestro en casa de este último, y me dije, presa de la mas penosa incertidumbre.

¿Se hallaría Rosa en el castillo?

¿No había venido? ¿Estaba enferma? Qué es lo que su padre podía tener que decirme?

Al cabo de un instante, Mr. Pavelyn volvió á la escuela y me dijo:

—Ven, Leon, sígueme, pues por hoy tienes licencia para dejar la clase.

Yo le obedecí: tomamos el camino del castillo y me dijo que Mme. Pavelyn había estado muy enferma en el pa-

sado invierno á causa de una inflamacion en los bronquios, que habia marchado con Rosa á Marsella, al país del aire dulce y donde crecen los olivos, para restablecerse de su enfermedad del pecho: en Marsella tenia un hermano Mme. Pavelyn que habia establecido una casa de comercio: Rosa iba á pasar algunos meses con su madre en una casa de sus tios, pues no siendo robusta, ni disfrutando de la mejor salud, la estancia en un país donde el clima era tan suave, no podia dejar de hacerle mucho bien.

Esto es todo lo que pude comprender de la narracion de Mr. Pavelyn: yo guardé silencio; pero mis ojos estaban bañados en lágrimas que apenas podia contener: el padre de Rosa notó mi dolor y trató de consolarme, asegurándome que su hija estaria de vuelta antes del fin del año y que podria jugar con ella durante el estío en el jardin del castillo: añadió mil cosas amables: me animó á estudiar con perseverancia para poder empezar pronto mi aprendizaje en escultura y me hizo entreveer el bello porvenir que podia ser la recompensa de mi celo, despues me dió á entender que vendria rara vez al castillo, y esto solamente algunas horas: sin embargo, me dió permiso para que yo fuese todos los dias, despues de la clase, para que me pasease con mis padres en el jardin y para que jugase en él, tanto como quisiera con mis hermanos y hermanas: por aquel dia Mr. Pavelyn no tenia tiempo para ir á ver á mis padres; pero me encargó les anunciase que iria la primera vez que volviese á Bodeghem.

Despues puso la mano sobre mi cabeza y terminó con estas palabras:

—Vamos, Leon, diviértete hasta el medio dia: sé como hoy, bueno y estudioso: en mí hallarás siempre un amigo y tendré cuidado de que nada te falte en el mundo.

Dejóme dicho esto y tomó un camino que en breve le separó de mí.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y regando con

mis lágrimas el polvo del camino, llegué á casa y conté á mis padres con dolorosa tristeza todo lo que Mr. Pavelyn me habia dicho: ellos procuraron consolarme, diciéndome que pronto pasarian algunos meses y que entonces ciertamente volveria á ver á Rosa. En fin, me sometí á esta contrariedad con especie de resignacion y me apliqué al estudio con mas ardor que antes.

Mr. Pavelyn volvió muchas veces durante el verano al castillo y á casa de mis padres: mostrose conmigo lleno de benevolencia y me hizo comer con él varias veces; pero por bien que me tratase, su generosa proteccion no consiguió dulcificar el dolor que me causaba la ausencia de Rosa.